

narse la formación de un mercado capitalista y, por el otro, no se sabe quién es el sujeto del nuevo espacio ciudadano, el *locus* de la revolución.

En el último ensayo, estamos ante una copiosa cosecha de citas, espléndida recuperación de las voces populares que no podían ser "palabra escrita". Escuchamos los parlamentos del drama de transportar a la realidad "el evangelio" de la libertad, la igualdad, la fraternidad. He aquí una de las tantas perlas de esta sección: refiriéndose, en un debate de la Democrática, al impuesto sobre el patrimonio, o contribución directa, Andrés Ledezma afirma que si "la duda es entre la contribución derecha y la izquierda i yo estoi por la derecha, porque la contribución derecha no afeita al pueblo, i la endereita si lo afeita mucho, i por ésto, aunque la sociedad no aceite la derecha, yo si la aceito, y que se ponga mi voto en el aita que aceito la derecha" (pág.132)

En una sociedad como la de Cali, todavía fragmentada y polarizada dentro de los moldes coloniales, quienes hablaban como Ledezma, si no eran activos, al menos debieron de ser simpatizantes y amigos de quienes emplearon el perrero o el zurriago contra los grandes propietarios. Las páginas que narran la historia del perrero (págs.144-179) parecen iluminadas, insisto, por antorchas de un carnaval a lo Bajtin. Deben despertar en el lector curiosidad por lo que la autora llama contrateatro, es decir, el drama del pueblo popular cuando lucha por sus derechos.

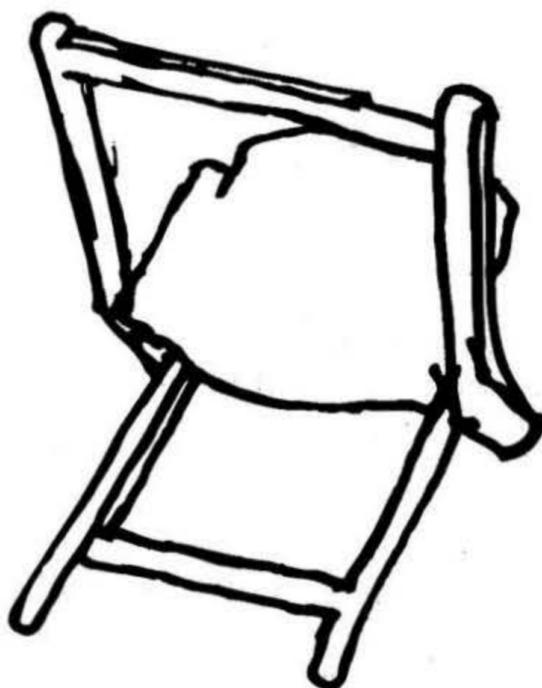
MARCO PALACIOS

El papel social de los científicos

Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición, 1859-1936,
Diana Obregón Torres
Banco de la República,
Santafé de Bogotá, 1992

La autora forma parte de un grupo de pioneros, sociólogos de formación, his-

toriadores de profesión, que, en los últimos años, se han dedicado a abrir terreno a una historia de la ciencia en Colombia, desde una perspectiva de análisis sociológico. Por esta razón, el libro no va dirigido a quienes busquen guías y fundamentos de una historia epistemológica o de la formación y trayectoria de comunidades epistémicas en el sentido de Kuhn. Su problema no es "cuánto sabía un científico en un momento determinado, ni qué tan informado estaba de los avances en la frontera del conocimiento, sino cuál era su práctica, en qué medida logró hacer escuela, y de qué manera sus actividades tuvieron éxito en la creación de instituciones dedicadas a la ciencia".



Desde la introducción hasta las conclusiones, Diana Obregón subraya de qué modo los científicos y sus sociedades padecieron una obsesiva búsqueda de una tradición que nacería con la Expedición Botánica. Pero, según su observación final, el sentimiento de pertenencia a tal "comunidad imaginada" no fue suficiente para consolidar una comunidad científica real.

El hilo conductor de la narración es el papel social del científico colombiano en ciernes. Papel eminentemente profesional: ingenieros de puentes y caminos o de minas que, a partir de su práctica, hacían pinitos matemáticos, o sustentaban mejor las bases de la cartografía; médicos convertidos en bacteriólogos o en higienistas, o en biólogos.

Si interpreto bien, la autora se sirve de dos claves para armar su narrativa: los valores y las formas de sociabilidad y la búsqueda de autonomía por parte

de los científicos. En cuanto a las primeras, parte de la Ilustración y sus afanes de institucionalizar la ciencia, afanes que serán reproducidos por nuestros científicos a lo largo del siglo XIX.

A diferencia de la España carolina, aquí el actor no es el Estado, sino individuos, ciudadanos que van contra la corriente. Es decir, que van en contra de los valores centrales de las elites que, retóricamente, ven la modernidad en función de política y juridicidad. Esto, a pesar de que la realidad sea de guerras, fraudes electorales y más guerras. Todo ello con un trasfondo de pobreza y fragmentación regional.

En cuanto a la autonomía, requisito para institucionalizar la ciencia, Obregón deja planteado el asunto, pues en 1936, cuando termina su narración, no hay condiciones en el entorno para una tarea tal, pese, por ejemplo, a la reorganización de la Universidad Nacional. Dicho sea de paso, ésta es la época en que Laureano Gómez, el líder de la oposición, embiste contra la ciencia, y López Pumarejo, el impulsor de la reforma universitaria, sostiene que antes que el "saber especulativo" (es decir, la ciencia) debe estar el saber tecnológico en función del desarrollo económico y social de Colombia.

No en vano, la década de los años veinte había sido fructífera en el trasplante de paradigmas de tecnología blanda: ahí estaban los modelos de la Misión Rockefeller en salud pública, de la Misión Pedagógica Alemana en educación, de la Misión Kemmerer en la modernización del sistema bancario y de organismos del Estado moderno (la Contraloría y los ministerios económicos).

Obregón nos muestra cuán promisoría es la clave de los valores y la sociabilidad. Si leemos esta magnífica monografía desde una amplia perspectiva de la vida pública, la vida privada y la moralidad de las elites, veremos que la obsesión de nuestros científicos por el pasado, su búsqueda incesante de una comunidad imaginada, que habría sido la raíz de la nacionalidad, y la práctica de organizarse los "sabios" para hacer tertulia, fabricarse un nido institucional (el trabajo estudia en detalle y cronológicamente seis organizaciones científicas) y ganar prestigio social, es parte de una moralidad cívica, expresión

de un neoclasicismo dieciochesco, diferido a los siglos XIX y primer tercio del XX, quizá porque ni la estructura social ni la visión que las elites tenían de sí mismas habían cambiado demasiado.

En esta perspectiva, hacer ciencia, como hacer política, era una actividad noble y superior, algo que colocaba al practicante en los umbrales de la civilización. Hacer ciencia significaba llevar una vida abnegada, para el bien común, superior al egoísmo de la vida privada. En fin de cuentas, en la Bogotá en donde "todo el mundo conocía a todo el mundo", poblada de elites endogámicas, ¿qué recompensas espirituales y morales ofrecía la vida privada a un *hombre*? Porque, evidentemente, estamos hablando de sociedades científicas masculinas. Sin un espacio bien establecido para el amor romántico, ni para la privacidad característica de las grandes urbes y en particular de la cultura posmaterialista de nuestro tiempo, uno puede concluir que los científicos cuyas prácticas, entornos sociales y sociabilidades estudia Obregón Torres son como la contraparte de lo que Herbert Braun llamó los *convivalistas*. Así lo confirmarían sus ideales de civilización, su misión pedagógica y el sacrificio que, supuestamente, les reportaba responder al llamado de su vocación.

MARCO PALACIOS

Manual del ladinoamericanista

América Ladina

Germán Arciniegas

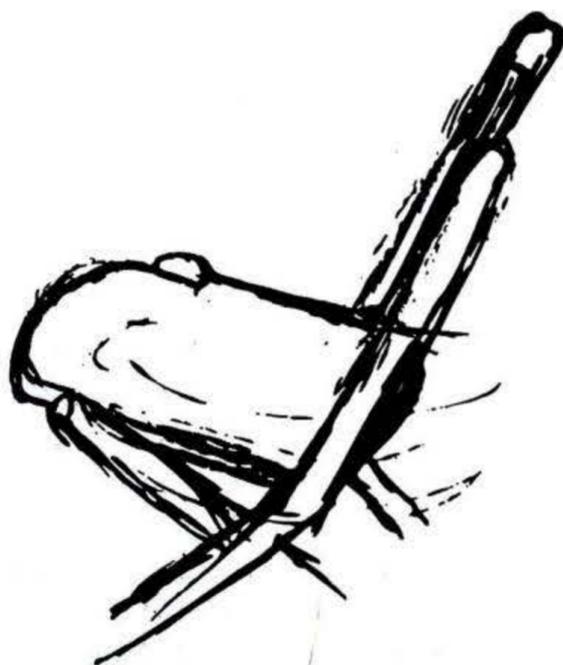
(compilación de J. G. Cobo Borda)

Fondo de Cultura Económica, México, 1993, 432 págs.

En materia de títulos de libros, difícilmente se halla uno más ajustado al talento y al pensamiento de su autor, para no hablar del contenido del volumen, que el de éste de Germán Arciniegas. El Diccionario de la Real Academia ofrece, entre otras acepciones de la pa-

labra ladino, las siguientes: Que habla con facilidad alguna o algunas lenguas además de la propia. Astuto, sagaz, taimado. La raíz etimológica de la palabra es un pequeño trabalenguas. Ladino proviene del latín *latinus*, que significa latino. Para redondear, América Ladina es lo mismo que América Latina, pero astuta, sagaz, taimada. También se hablan allí con facilidad alguna o algunas lenguas además de la propia. En ladinoamericano antiguo, ladino era el indio que, aparte de la propia, hablaba la lengua castellana.

América Ladina, la obra, es una selección de fragmentos de libros, ensayos procedentes de revistas y periódicos, prólogos, artículos de prensa y otros textos publicados por Germán Arciniegas entre 1932 y 1991. Sesenta años vendrían a ser toda la vida de cualquier escritor. No la de Arciniegas, cuyas obras completas, que algún día se publicarán, así sea incompletas, tendrían que remontarse al menos hasta 1919, cuando, un jueves, salió por primera vez un escrito suyo en *El Tiempo*. Arciniegas tiene la vanidad —lo ha dicho muchas veces— de ser más viejo que este diario bogotano. Y no sería raro que, como lo pronosticó en broma uno de sus colaboradores, cuando en el siglo XXI se destape la tierra de los jardines de su sede y se extraiga la "cápsula" que sepultaron para celebrar los setenta y cinco años de su fundación, entre los invitados especiales estuviera Germán Arciniegas.



La compilación, finamente elaborada por Juan Gustavo Cobo Borda, de quien es también el ensayo preliminar, sigue

un criterio cronológico y, hasta cierto punto, temático. El lector analítico puede seguir fielmente las líneas de pensamiento de Arciniegas y ponderar su estilo inconfundible. Analítico o no, el lector sin duda disfrutará de las delicias de un estilo terso, lúcido y elegante, con frecuentes destellos de humor.

El libro se asemeja a una sucesión de cuadros en torno a un tema central: América. En realidad, así es casi toda la obra de Arciniegas. Y no es del todo desatinado el símil con la pintura. Después de todo, se ha dicho, con algo de razón, que a Arciniegas lo que más le interesa es el color del continente, y él mismo lo ha descrito como *El continente de siete colores*. Entre el cuadro más antiguo, un fragmento de *El estudiante de la mesa redonda*, el primer libro de Arciniegas publicado en 1932, y el más nuevo, "La razón de ser" artículo fechado el 19 de septiembre de 1991, proceden imágenes de variada índole y magnitud, unas heroicas y trascendentales, otras humildes y cotidianas. Abundan las semblanzas de grandes personajes Túpac Amaru, Gonzalo Jiménez de Quesada, José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, fray Servando Teresa de Mier, Gabriela Mistral, Flora Tristán, Alfonso Reyes, León de Greiff, Fernando Botero. Algunos fueron o son amigos personales de Arciniegas; quizá todos. Entre una y otra semblanza interpólanse relatos, disquisiciones y juicios sobre hechos y procesos de la historia y la actualidad americanas, entre los que caben las lides estudiantiles por la justicia y la democracia, las preocupaciones progresistas de algunos de los últimos virreyes de la Nueva Granada, la ignorancia o la erudición que sobre Colombia se tiene en los Estados Unidos, las dictaduras latinoamericanas, la cultura como derecho del hombre, la convergencia de las magias del mundo sobre América Latina, el ensayo como género predominante en el continente. Y de tarde en tarde, notas sobre puertas y ventanas, o sobre las tejas de las casas, sobre las frutas de granada y las simples curubitas indias o las deliciosas granadillas, sobre los curíes de la antigua provincia de Los Pastos, o sobre la maravilla de los burritos de barro de Ráquira que campean en un restaurante de Nueva York.